REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. I | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, MIÉRCOLES 15 DE OCTUBRE DE 1919 | Nº 5

SUMARIO

EL CIUDADANO EN LA ESCUELA[1]

EL problema nuestro actual es el de saber cómo hacer del padre de familia o del ciudadano, un colaborador activo e inteligente y devoto en la obra de la escuela pública, al lado del maestro y al lado de las autoridades oficiales.

Esta es una forma de hacerse sentir un principio de política y propio de la democracia: la de que el ciudadano gobierne su propia república, no precisamente desde las magistraturas, sino desde el lugar que él ocupe en la sociedad en que vive; es decir, más conciencia en el ciudadano de que él es un factor activo en la vida de su país, y una participación suya más intensa en los interêses sociales de su nación.

La democracia se funda necesariamente en este principio, pero o no lo entiende bien o no lo aplica justamente o por lo menos no prepara a los individuos para el ejercicio racional del mismo o también es porque le da una interpretación estrecha, pues supone realizado el ideal democrático de la intervención del ciudadano en la vida pública, sólo desde el punto de vista del gobierno, esto es, desde el punto de vista del derecho que todos tenemos a formar parte—como empleados—de la máquina oficial. El espíritu de la fórmula indicada es otro, pero con un sentido extenso y humano: es el de hacer del hombre un elemento de la vida social pero activo, pero constructivo, pero inteligente. Yo insisto en creer que el gobierno popular—el mecanismo oficial—es apenas un hecho de la democracia, pero no es la democracia misma; puede ser un hecho muy importante, más no es el único. Cuando en un país el interés nacional lo absorbe una familia o un grupo político, entonces el gobierno es la forma imperativa del estado, porque el grupo o la familia necesitan gobernar con espíritu de exclusión para conservarse: pero la democracia se ha imaginado para bien de todos y no de unos pocos, y así resulta que en ella no hay intereses de unos sino de muchos y que no hay un solo ciudadano que pueda sustraerse a la inteligencia de estas cosas y negarse a participar en la obra común de su sociedad. El gobierno del pueblo para el pueblo y por el pueblo, que es la vieja fórmula del Presidente Lincoln, es eso y no la torpe ilusión de hacerle creer a las gentes que tienen derecho de ir a las funciones oficiales y ganar crecidos sueldos en actitud ociosa.

Digámoslo de otra manera: el gobierno es uno de los elementos sociales y su importancia resulta de que tiene funciones definidas y es suyo el espíritu de organización: puede serle atribuida la facultad de organizar las otras instituciones sociales que con él trabajan en el bien público. Y esas instituciones sociales, bajo ciertos aspectos, tienen, si se quiere, un valor más efectivo que el gobierno mismo. Por ejemplo: la escuela es, en mi concepto, la institución eminente del estado, la institución orgánica del estado o en una palabra: la expresión del estado. El gobierno, en sí mismo, tiene muchas preocupaciones grandes y pequeñas, pero todas ellas transitorias. Mientras que la escuela tiene a su cuidado una preocupación única y preferente: la de constituir el espíritu nacional. Y esta es obra no digamos eterna, pero sí perpetua. El gobierno es un juego de los hombres movidos casi siempre por su egoísmo y así, es hasta un juego de maldad. La escuela es ajena a este mal. Y en su obra, los hombres no pueden poner más que su corazón y su virtud. Las repúblicas progresan efectivamente cuando las escuelas se llenan del espíritu de una civilización generosa y benigna. Y no importa que las repúblicas se desordenen por la acción inicua de los hombres que gobiernan, que si en ella, si en algún rincón oscuro de ella, hay una escuela que trabaje honradamente, un día, tarde o temprano, la escuela salvará a la república por su acción persistente y saludable en la conciencia de la república.

Y es también, por un hecho evidente y puro: porque la vida de un hombre no tiene más que un sentido supremo: educación. Porque no hay en ella más que un interés cierto, el de su educación; porque todas las cosas que rodean al hombre no le hacen otro servicio que el de invitarle a la revelación solemne de su conciencia: el hombre es un gran mundo oscuro que surge por la fuerza de las ideas a la iluminación de su destino o de sus destinos. La sociedad es una de tantas oportunidades que se ofrecen al hombre para esta obra magnífica suya de su espíritu. La sociedad no debe concebirse sino como eso para que salga de ella todo el bien posible, para que en ella encuentre el hombre ocasiones fáciles y campo propicio al desarrollo de su grande alma. Esto parece doctrina abstracta, y es, sin embargo, realidad positiva: porque lo único que es cierto es el bien que hacemos con ánimo de justicia o el bien que nos hacemos cuando procuramos el desenvolvimiento de nuestra individualidad para hacer de ella un factor fecundo en el trabajo social.

Por eso, yo sí creo en la democracia, no como simple organización política, sino como una organización ideal de la sociedad; pero es porque en ella, hay obra de cooperación y de simpatía de todos sus miembros para realizar los fines de la república, y porque en ella el individuo crece con la conciencia de su propia fuerza. De ahí también que la escuela educativa sea la institución natural de la democracia y de ahí, así mismo, el interés presente en el mundo, de reducirle a la escuela su valor puramente oficial para atribuirle un carácter social efectivo, y el

(1) Trabajo leído al instalarse la Junta de Amigos de la Escuela Superior de Niñas Nº 3, de esta ciudad, el domingo 28 de setiembre de 1919.

de llevar al ciudadano a la escuela para que participe de las preocupaciones de ésta, para que se alimente de su espíritu y para que vea en la escuela algo suyo íntimo de su espíritu.

Esto que va realizando la escuela, será un día hábito en las actividades diversas de la vida nacional: el ciudadano administrará su república por haber llegado a la comprensión cierta de que todo lo de la república es bien de todos y de él mismo. Ahora es el gobierno el que dirige y fomenta las actividades nacionales de un modo exclusivo y de ahí el fracaso de todos sus afanes, esto es: de la ninguna cooperación del individuo en la obra común del estado: por ejemplo: ningún gobierno resolverá el problema agrícola de la nación por sí mismo; ningún gobierno logrará impulsar las fuerzas industriales del país con simple formas legislativas; ningún gobierno le dará al trabajador una red de caminos excelente, si para esto y para aquello no encuentra en el ciudadano un elemento de colaboración. Y todos esos problemas a que acabo de referirme son, más que problemas de administración, problemas sociales.

La sociedad es grande obra de hacer el bien a los hombres, y no un bien místico, sino un bien real y humano: de que el trabajador trabaje y aproveche su salario; de que el industrial prospere en su industria; de que el que siembra recoja en paz noble su cosecha; de que el comerciante ejerza sin temores su comercio, de que el intelectual no sufra vergüenza y de que no haya nada de todo aquello que favorece a la humanidad que sea escaso o estéril.

Por eso, mucha escuela, mucha escuela. Y la escuela como una institución social y hasta como un asunto propio del ciudadano. El ciudadano debe comprender que todos los problemas que se propone la escuela, son problemas suyos o de su casa, y debe comprender algo mejor aún: que los problemas suyos y los de su casa pueden ser llevados a la escuela para su solución. La escuela debe ser el hogar de la ciudadanía, no una casa de enseñanza para el niño, sino lugar de discusión y de cultura para el padre. Estas dos preguntas aún no han sido resueltas o al menos contestadas entre nosotros: ¿cómo interviene la escuela en la vida social de la república y cómo interviene el ciudadano en la obra social de la escuela?

La escuela responde a sus fines altos atrayendo hacia ella todas aquellas cuestiones que la sociedad puede resolver por sí misma y procurándoles una solución práctica. Yo no pienso ni quiero pensar en la escuela, en cuyos bancos humildes, dentro de aulas oscuras y frente a un hombre, escribía mis lecciones de gramática. Yo concibo la escuela como una grande actividad pública, que trabaja eficazmente por el bien público, y que a los intereses sociales les da fuerza y apoyo en la conciencia de los niños y en el espíritu de los hombres. Toda esta República ideal a que nosotros aspiramos, no es un sueño lírico de Platón, es un hecho que guarda el porvenir en su seno y que lo hará efectivo la escuela labrando en el espíritu nacional.

Yo comprendo que esto implique una revolución total de la naturaleza y de las condiciones de la escuela. Pero el mundo exige nuevas formas para sus nuevas aspiraciones. Hay que partir ante todo del hecho, de que la cultura es la sustancia de la democracia y que la ciudadanía es la virtud de la república y de que debe ser fomentada aquélla intensamente y cultivada ésta con devoción profunda.

En cuanto a las relaciones entre el ciudadano y la escuela, la cuestión es fácil formularla en esta forma: la escuela necesita de la presencia del ciudadano en ella, de su colaboración mental y activa y el ciudadano necesita de la escuela, porque ésta es un elemento de la opinión pública y acaso de los mejores, y es o puede llegar a ser, como un lugar de defensa de todo aquello que posee de bueno el país en las horas crueles en que la república ve desintegrarse sus fuerzas morales y perderse sus virtudes. Al ciudadano le conviene saber que la escuela se afirma en la devoción que él sienta por ella, en el respeto que él tenga por ella, en el apoyo que él le preste a ella, para asegurarse de que la escuela defenderá en sus hijos los intereses justos de la nación. Hay una relación de intereses entre la escuela y el ciudadano, que es, a la larga, un interés común, el del bien público. Al uno le conviene que la escuela sea algo real y fecundo y a la escuela le conviene que el ciudadano también sea algo real y consciente.

La sociedad es un trabajo lento de variado éxito por conquistar virtudes que hagan digna la vida del hombre: los puestos de combate del ciudadano son su hogar, por una parte; el campo donde trabaja, aun el templo donde se purifica, la prensa donde discute, la asamblea pública; pero por encima de todo, la escuela. Es más aún, la sociedad vive bajo la amenaza y la acción de grandes males: de este gran mal político que nos devora, del gran mal de la ignorancia que nos humilla, del gran mal del placer que nos rebaja, del gran mal del egoísmo que nos mata. Para defendernos contra todo esto, el ciudadano se escuda en su hogar noble o en su escuela activa.

Por un mero principio de defensa social la escuela tiene que ser enaltecida y fortalecida por el ciudadano: por lo menos se salva el hijo y se defiende el porvenir. Por lo menos hay algo que se pone frente a frente del peligro, no con vano alarde, sino por virtud firme y por obra paciente.

Si la escuela no ha llegado a ser esto que anhelamos es por la indiferencia del ciudadano, que la deja trabajar sola y defenderse sola de las fuerzas que la combaten. Y si la escuela aún no puede considerarse como un ele-

Repertorio Americano

Antología de la prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado quincenalmente por
GARCÍA MONGE Y CÍA.,
EDITORES
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-40
La serie trimestral (6 entregas), pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)	3-00 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

mento social sino en una forma muy relativa, es porque el ciudadano no ha llevado a ella sus preocupaciones, ni sus anhelos, ni sus reclamos: porque no ha aprendido a tener fe en la escuela, porque está satisfecho de la obra humilde que ella hace; porque no se ha compenetrado de la idea de que la escuela es una fuerza renovadora del espíritu público. Si algo le falta a la escuela no es el arte, ni la ciencia que enseña, todo lo cual puede hacerlo muy bien; es un asiento firme en la voluntad y en la inteligencia del ciudadano.

En la presente hora de desilución y de temor, no hay más que una cosa que mantiene la esperanza del hombre: la escuela. Y esto es de todo el mundo. Lo que ha venido a constatar la guerra europea es un hecho tremendo: la gran ignorancia del hombre. Y mientras algunos buscan en el comercio o en la diplomacia la causa interna de esa catástrofe, es posible creer que ella se debe a las tinieblas en que viven los grandes masas del pueblo, y han vuelto los soldados a sus hogares con la preocupación magna de que es imperativo hacer la escuela grande para salvar la sociedad del hombre.

Nosotros mismos desconfiamos de mucho y creemos en poco; pero es necesario tener fe, tener fe en el maestro, tener fe en el niño, tener fe en los ideales y seguir trabajando, seguir trabajando por la salud del hombre desde aquí de la escuela o desde donde sea posible darle a los hombres una idea y una verdad.

RÓMULO TOVAR

DE UNA ENCUESTA

Preguntas del señor Rojas [1]

Las preguntas de la encuesta realizada por el señor Rojas eran las siguientes:

I.—¿Es conveniente la formación de museos aplicados a la enseñanza de la Historia Civil, como los hay ya para la Historia Natural?

II.—¿Se enseña en los institutos de España la Historia y Geografía de sus antiguas Colonias?

III.—¿Conviene en pueblos como la Argentina, utilizar la Historia en la formación de la conciencia nacional?

IV.—¿Qué conexión debe darse a la Historia y las otras asignaturas afines, Geografía, Literatura, etc.?

V.—¿Con qué fines se enseña la Historia en España?

VI.—¿Con qué extensión se enseña la Historia patria y la extranjera?

VII.—¿Son preferibles textos nacionales de Historia General?

VIII.—¿Qué conexión cree usted que debe darse a la Historia de las naciones americanas con la Historia de España?

Respuestas del señor Unamuno

I.—Me parece indudable que los Museos de Historia y arte son, no sólo eficaces, sino hasta indispensables para una sólida enseñanza de la Historia. Es desde luego, casi imposible, enseñar bien sin ello la Historia de la civilización. Traduciendo a los clásicos griegos, echo de menos un museo de reproducciones de la antigüedad helénica (trajes, armas, utensilios, modelos de viviendas, templos, etc., etc.) Es, además, un poderoso excitante de la imaginación, sin la cual no es posible ver claro en Historia. Ante las reliquias de un héroe se mueve uno a penetrar en su vida.

II.—No sé que haya establecimiento alguno de enseñanza en España en que se enseñe historia y geografía de la América Española. Es más, sospecho que la casi totalidad de nuestros profesores de Historia, tienen una vaga idea de que hubo un Bolívar y algo más, poco, pero apenas si habrán oído nombrar a los estadistas, caudillos y héroes de la época posterior a la independencia.

Y me parece que la Historia de algunas de las repúblicas que surgieron de nuestras colonias—la de la Argentina, v. gr.—es fuente de enseñanzas para nosotros, los Españoles. Alguna vez he dicho que una de las mejores introducciones a la historia de España, es la historia de la Argentina desde el año 10 hasta la caída de Rosas en Caseros y aun algo más, pues así como se dice que el desarrollo del embrión en los animales superiores, reproduce en compendio y como en símbolo el proceso filogenético de la especie, así creo que esa historia argentina de medio siglo reproduce siglos de nuestra historia española. Con la ventaja de la concentración.

Aparte lo cual, nada debe interesarnos más que cómo se han desarrollado pueblos de nuestra estirpe y en los cuales está el porvenir del alma hispánica.

III.—En cuanto le sea lícito dar su

Miguel de Unamuno

(*Caricatura de* BAGARIA).

(1) Ricardo Rojas, el conocido publicista argentino. A propósito del Informe («*Restauración Nacionalista*») que el señor Rojas presentó al señor Ministro de Instrucción Pública de la Argentina. En dicho Informe el señor Rojas expone el resultado de sus estudios sobre Enseñanza de la Historia, que el gobierno de su país le encomendó realizara en Europa. Esto ocurrió en 1907.

opinión sobre ciertos cosas a un extranjero que no conoce un país de vida y trato inmediato, creo que lo más urgente hoy en la Argentina es fortalecer un núcleo de tradición nacional histórica que sea el fundente de los diferentes aportes de colonos. Hay que obrar sobre la imaginación de éstos, y que vean al llegar, a una patria, no a una colmena.

IV.—La geografía histórica, o mejor evolutiva, no sé que pueda enseñarse bien sino conjuntamente con la Historia y lo mismo la literatura. El mal del literatismo—de que adolecen los países americanos—proviene en gran parte, a mi entender, de que los literatos o no saben historia literaria o la conocen como fenómeno aislado, puramente estético, es decir, sin raíces. Las obras literarias más permanentes, son las más hermosas; y las más hermosas son las que tienen más raíces históricas y sociales. Hay una literatura de virtuosismos y exquisiteces turriebúrnicas que no es más que un epifenómeno social, una pura curiosidad de erudito así que pasan treinta años.

V.—En España, por triste que sea decirlo, lo he de decir, no se enseña la historia, en general, con propósito alguno trascendente. A un señor se le pagan tantos miles de pesetas al año por enseñarla y la enseña para justificar su sueldo. Y si pone algo más en su enseñanza suele ser pasiones de partido; la enseña o en liberal o en reaccionario, en nacionalista o en católico. Lo mejor sería enseñarla inflamado en amor a la verdad—que es lo más patriótico—pero menos mal, si la enseñasen con patriotería, que siendo sincera, es al fin una verdad de sentimiento.

VI.—¡Ojalá se enseñase nuestra historia junto a la historia de los demás pueblos y frente a ellos! ¡Ojalá nos hiciesen ver lo que les debemos y lo que nos deben! La enseñanza de la Historia debe tender a dar valor colectivo al precepto délfico: «conócete a ti mismo» valedero tanto para un pueblo como para un individuo. Y como el conocerse a sí mismo tiene que ser algo comparativo, pues nadie se conoce sino en cuanto conoce a los demás, todo pueblo que quiera conocerse debe estudiar a los demás pueblos. Una de las mayores ventajas de viajar, es convencerse de que cosas que uno tiene por peculiares y privativas de su propio pueblo, le son comunes con otros y en cambio le son más propias cosas que estima de todos; y esto enseña también la Historia. Cada hombre y cada pueblo es un producto social de todos los demás hombres y pueblos.

Si se nos hubiera enseñado a vernos como tales, sabríamos nuestros derechos y nuestros deberes internacionales o mejor mundiales, y orientaríamos nuestra cultura de un modo a la vez que castizo, universal.

VII.—Lo mejor, en materia de criterio tan variable como la Historia, es combinar los textos nacionales con los extranjeros, y ver un proceso histórico importante por el mayor número posible de caras. Hay que estudiar la Reforma según nos la presentan los protestantes y según nos la presentan los católicos. Hay que hacer lo que Browning hizo en su poema *The book and the ring*.

Tengo entendido que en la Argentina, se ha enseñado la historia de la constitución de las grandes nacionalidades europeas desde un punto de vista francés y esta exclusividad de criterio es perniciosa.

VIII.—No hay pueblo ninguno que sea nunca nuevo. Por muy distinta que se quiera suponer a la Argentina de España—y lo es mucho menos que creen los que conocen mal a una de ellas o acaso a las dos—hay que convenir en que la Independencia no fué un milagro y por lo tanto la República independiente continuación de la Colonia. Los actores históricos de la Independencia, afrancesados los más, pudieron aportar tales o cuales elementos pegadizos más que otra cosa, pero la evolución íntima, la intra-histórica, prosiguió su marcha. El caudillaje, que en el fondo representaba, si bien de un modo subconsciente, el elemento genuinamente nativo, original y propio contra los intentos de gobernación artificial y por así decirlo erudita, es un fenómeno profundamente español. Carlyle llamaba a los girondinos pedantes y pedantes se puede llamar a los unitarios argentinos. Con todo el respeto y admiración que merece Sarmiento, no puede uno menos que sonreir al ver su fe en el frac y en la silla inglesa. Alberdi, que tenía una visión menos intensa pero más clara y más *americana* de las cosas de su patria, se lo reprochó con justicia.

La Independencia americana, me parece un fenómeno histórico genuinamente español y de que tenemos aquí gérmenes contenidos en nuestros internos institutos separatistas de unas regiones respecto a otras, y un fenómeno español, el caudillaje, consecuencia legítima de la Independencia. Sólo que allí como aquí, encauzó, fertilizó y en parte contuvo estos instintos y estos efectos, el fenómeno general europeo que representaban los librescos unitarios, tan útiles a su patria como a la nuestra los librescos ministros de Carlos III, no exentos de pedantería girondina. Si de cierto habría sido un mal la persistencia de la tiranía—en el sentido clásico, no en el corriente de esta palabra sin medida desacreditada—de Rosas, no habría sido menor mal la monarquía europeizante en que soñó alguna vez Rivadavia, el anglomaníaco.

Y estoy convencido de que cuando se quiera ver la historia argentina en argentino, en nativo, se acabará por verla en español. Lo que hay es que allí empiezan a dar fruto gérmenes, que siendo muy castizos y peculiares, aquí se han malogrado. Mucho que aquí nos ahoga Europa, florece allá, lejos de Europa. Y no estoy lejos de afirmar que, en más de un respecto, las naciones sudamericanas son más españolas que España, y lo son precisamente en lo que creen les separa más de nosotros. No sufren el peso de una dinastía europea con tradiciones exóticas.

MIGUEL DE UNAMUNO [1]

(Del *Boletín de la Instrucción Pública*, Buenos Aires).

[1] Las reflexiones que estas respuestas del señor Unamuno sugieren al autor de la encuesta forman parte del texto de su «Informe». Sus opiniones coinciden en su mayoría con ellas y con las de numerosos profesores de Europa. El suponer que en América, muchos de los rasgos que nos diferencian de España son simples desarrollos de gérmenes castizos que cerca de Europa, y en solar español, no pudieron desarrollarse, es una observación que acredita la agudeza intelectual del señor Unamuno. El señor Rojas advierte en su favor que *Les Mosety Commissioners*, miembros de una comisión pedagógica enviada de Inglaterra a los Estados Unidos, hace la misma observación respecto de las antiguas colonias británicas. El señor Rojas pide para la Historia de España—por ser la nuestra propia—un lugar preferente, como hace medio siglo solicitábalo ya, con clarividencia que no fué comprendida, el señor Amadeo Jacques.

MOTIVOS DE MEDITACION

Ante la Guerra y por Hispanoamérica una

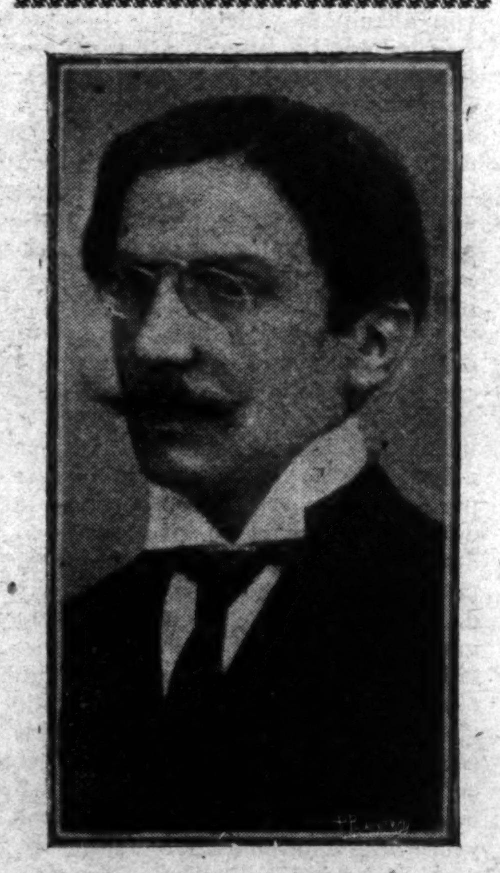
Conferencia leída en el Teatro Municipal de Caracas el 12 de octubre de 1918

A LA JUVENTUD ESTUDIOSA DE HISPANOAMERICA

HACE hoy tres años, desde este mismo sitio, me tocó hablar como orador de orden en la fiesta que, destinada a rememorar el Descubrimiento de América, se ha venido celebrando anualmente en casi todos los países de origen español bajo el nombre de Fiesta del Descubrimiento o Fiesta de la Raza[1]. Y esta vez los caballeros de la colonia española de Caracas, exagerando con una especie de ambliopía espiritual generosa, la minúscula importancia de aquel acto mío, han querido evocarlo y premiarlo con insólita y excesiva esplendidez, al hacerme el honor de llamarme a presidir la Junta Directiva de la Fiesta.

No hubo entonces de mi parte mérito alguno: atender al llamamiento, me pareció un deber imperativo de la sangre, y, como lo hallé de acuerdo con mi corazón y mis ideas, lo cumplí muy gustoso. Ahora, tanto los dignos caballeros de la colonia española como los distinguidos venezolanos que han cooperado con ellos al mejor éxito de esta anual conmemoración, han decidido que yo, a título de Presidente, inicie la velada o abra el acto, según la expresión de costumbre, con unas palabras mías. Y no me ha valido replicarles que eso es formalidad innecesaria e inútil, porque los actos no se abren, o se abren y se inician ellos por sí solos. Así, para abrir este acto no se necesita sino de vuestra presencia, y que uno a uno empiecen, cada cual con su significación y su ritmo y de acuerdo con los otros, a sucederse en la orquesta y en la escena los diversos números del programa. Tampoco me sirvió exponerles que esta velada tiene su orador y que, por tanto, mis palabras, de no fastidiar, holgarían, a menos que no las tomaseis vosotros como buena preparación de sibarita que, por medio de la abstinencia y del ayuno, se dispone a saborear mejor el manjar, o como paso de túnel necesario para luego vibrar con todo el ser a la súbita alegría de la luz, o como providente uniformidad monótona dispuesta a los primeros pasos del peregrino, a fin de que éste exulte y se repose más tarde con íntimo júbilo cordial ante lo que el paisaje guarda de animado y pintoresco.

Sólo así podrán hallar excusas mis palabras, considerándolas como una meditada preparación para que oigáis con más deleite y fruto al eximio orador de esta noche. Así, mientras mis palabras caerán sobre vosotros mante-



MANUEL DÍAZ-RODRÍGUEZ

niéndoos al ras de la tierra y dejando aridez, tristeza y frío, en vuestros corazones, él, en alas de su verbo os levantará mejor a la cima del entusiasmo y pondrá a cantar en vuestros oídos un buen caudal de belleza y de música.

Además, la amable imposición de que soy víctima quebrantaba mi ya arraigado intento de no incurrir más en veleidades oratorias. Como otras muchas cosas en la vida, casi nunca fuí orador sino ocasionalmente y por fuerza. Nunca sentí el ímpetu irresistible de la vocación, ni me halagó tampoco la gloria del tribuno, que es gloria fácil precisamente por lo que tiene de común con la fácil gloria del actor cómico en la escena y del histrión en el circo. Y juzgo innecesario pedirle perdón por estas mismas palabras al viejo y grande amigo que será nuestro orador de esta noche, porque él, como hombre avezado a la tribuna, está como yo en el secreto. De modo, pues, que no esperéis, o mejor dicho, no temáis de mis labios un discurso.

De otra parte, mi actitud espiritual y el mismo triste espectáculo del mundo se prestan menos al ditirambo sonoro, a la grandilocuencia altisonante, al furor dionisiaco del verbo y del estilo, que a la meditación recogida, desapasionada y serena. Por eso quiero limitarme a proponeros o más bien a sugeriros algunos motivos de meditación que ojalá encuentren eco de simpatía en vuestras almas. Y al sugerir o enunciar esos motivos o temas de meditación, sólo aspiro a decir, con llana y tal vez cruda sinceridad, mis modos de ver: de ningún modo pretendo asumir ante vosotros, porque no me cuadran, actitudes de filósofo o maestro. Aunque alguna vez mozos ingenuos y amigos generosos me llamaron maestro, jamás en mi conciencia cupo el frívolo movimiento de aceptar tan alto don, que sólo puede aplicarse y conviene, en vez de prodigársele como se acostumbra, a las verdaderas cumbres humanas del espíritu.

Pero aun en el caso de que yo, en mi interior, y en un rapto de ridícula vanidad, me consagrase maestro a mí propio, tampoco asumiría tan solemne actitud ante un público venezolano. El venezolano, y para el caso lo mismo pudiera decirse el español, se subleva ante la sola sospecha de estar cerca o delante de una superioridad, y así acata, admira y saluda al maestro de la casa ajena, pero no se aviene a reconocer jamás al que tiene en la suya. Bien pudieran Goethes y Leonardos vivir al pie del Avila, que nosotros no los advertiríamos entre tanto no los perdiéramos para siempre. Allí está el ejemplo clarísimo de un Bello, a quien empezamos a encontrar sabio e ilustre cuando se decidió a dejar la tierra nativa para servir de maestro, no a un grupo mezquino de sus conciudadanos, sino a grandes pueblos y naciones. En cambio, nos holgamos de apellidar maestros y de reverenciarlos como a tales, por el solo hecho de estar y de escribir lejos de nosotros, ya sea en Francia, o en la Península, o en las Repúblicas Americanas del Norte y del Sur, a cualquiera majagranzas literario o a un mero copista y divulgador de los libros de ciencia europeos. Y no hace mucho entre nosotros alguien cometió la insigne herejía, o la

(1) Véase este discurso en el *Convivio* titulado: MANUEL DIAZ RODRIGUEZ: *Cuatro sermones líricos.*

simple falta de respeto, de erigir la mediocre facha de uno de los últimos, de uno de esos mercaderes cosmopolitas de la más barata pacotilla intelectual, junto a la excelsa figura de Rodó, quien sí mereció y merece el dictado de maestro por todas las altezas del espíritu, porque su espíritu no fué espíritu de parroquia, de patriecita, un espíritu del Uruguay o del Plata, sino de América y de España, y de toda la raza española; y sobre ese amplísimo concepto, sobre ese amplísimo horizonte de su espíritu, él edificó y ciñó su obra tan armoniosamente como una cúpula, trabajando, plasmando y esculpiendo en mármol perenne sus ideas por medio del instrumento maravilloso de una lengua insuperable.

Quiero adelantarme a la malicia, ya sin duda apercibida en más de uno a dar a mis palabras la trivial significación de un desahogo, diciéndoos que, sean desahogos o no, así convienen a mi tesis, o si gustáis, a mis conatos de tesis. Me dirijo principalmente a los jóvenes, y me adelanto sobre todo a las suspicacias juveniles, porque los hechos a que aludo quizás no provengan de un carácter de raza, de un distintivo nacional, sino del simple y natural fenómeno de la reacción de los jóvenes contra los viejos, o contra los que, sin ser viejos aún, ya dejaron de ser jóvenes. Esa reacción es necesaria porque es ley de la vida. Pero no es necesario que se cumpla con brutal fracaso y violencia. Cuando el joven y el viejo habitan el mismo plano superior del espíritu, la reacción se resuelve en tolerancia, en buena paz, en respeto y provecho mutuos. Ambos, el joven y el viejo, saben que la luz que poseen les baja de un mismo punto, del ápice de una misma pirámide, del ápice mismo de la vida; y, por tanto, saben que la luz que esplende con fulgor matutino en la frente del que sube por la vertiente de la aurora es hermana gemela de la luz que se posa y agoniza en la frente del que ya se despeña por la vertiente del ocaso.

El entusiasmo, la fe y la esperanza misma no son forzoso atributo de la primera edad, patrimonio exclusivo de la juventud, pues de igual modo pueden llamear bajo la prócera nieve senil que dentro del alma ardiente de un joven. La vejez octogenaria de un Goethe, o la ancianidad luminosa de un Carlyle, o de un Renán, o de un Emerson, encierran todavía tesoros intactos de entusiasmo, de esperanza y de fe, bastantes no sólo a galvanizar y fecundar a muchas juventudes vacilantes por desconfiadas de sí propias y enfermas de duda, sino aun a regenerar infinitas juventudes de esas otras, pálidas, endebles — no en flor, porque de ellas no puede decirse que florezcan, más bien en agraz porque van

carcomidas de mal sana acidez — destinadas a perecer bajo un ataque apoplético de suficiencia y presunción, cuando no bajo un ataque cirrótico de envidia.

La fiesta de la raza ha sido tanto para españoles como para hispanoamericanos un tópico fértil en rechiflas, agudezas y burlas. Algunos ingenios, admirables para inventar chistes de zarzuela, han visto sólo en ella la ocasión en que unos señores muy graves, trajeados de frac o levita, se reunen anualmente a deshacerse primero en discursos y rehacerse después con champaña. Otros, más listos, le han hallado un interés utilitario e inmediato a la fiesta. Aparentan ignorar, lo que ya es cosa del dominio de Perogrullo, que en toda idea o acción de trascendencia están potencialmente las dos fases, los dos aspectos, los dos términos, en fin, de la justa y ponderada ecuación humana: materia y espíritu, utilidad e idealidad, objeto interesado e inmediato y desinterés inmediato o lejano, Sancho y Quijote, Calibán y Ariel. Son los dos términos correlativos, fatales y necesarios a la ecuación perfecta, así se trate de un individuo, de un pueblo o de la humanidad. No sólo de pan vive el hombre, pero tampoco el hombre se alimenta de pura esencia de espíritu. El individuo ha de hacerse físicamente fuerte para que su labor intelectual sea fecunda, así como los pueblos han de hacerse grandes, fuertes y ricos, a fin de apercibirse a ejercer, como deben, las funciones superiores de la ciencia y del arte. Ariel por sí solo pierde las alas, como ya las perdió una vez en Grecia entre las garras de Roma. Y a Calibán no debe dejársele solo, porque devasta y aniquila, como en este momento, solo, está devastando al mundo. Se necesita de Calibán, de un Calibán seguro de su fuerza, bien asentado en su animalidad, para que desde sus hombros Ariel, sereno y confiado, pueda entregarse al vuelo con soberana limpieza de ímpetu. En la más corriente propaganda mercantil, en un ordinario intercambio comercial, cabe un interés político futuro, y a veces el interés político supremo de un pueblo, de una raza, de una civilización. En el más remoto origen de la unidad italiana de hoy, mucho antes de los Garibaldis, Mazzinis y Cavoures, mucho antes de los Petrarcas y los Dantes, más fuerte que las combinaciones de los políticos, más hábil, sutil e inocente que las intriguillas diplomáticas, más limpio de sangre y lágrimas que los hechos de armas heroicos, halláis, con los versos del juglar que iba de corte en corte y de castillo en castilo, el modesto cajón de baratijas del buhonero.

Entre nosotros, algunas de las manifestaciones adversas a la fiesta de la raza provienen de cierto natural modo de ser contradictorio. Padecemos de una falta de lógica originaria. Y su explicación está en una fatalidad orgánica, histórica, en el proceso peculiar seguido por la conquista española en nuestro país, aparte de otras razones, igualmente históricas, pero no fatales, antes bien corregibles, derivadas de la guerra de independencia. Hemos vivido y vivimos contra todo equilibrio y cordura, una vida económica excéntrica, ideal y aun materialmente a gran distancia de lo que debiera ser el centro de nuestra racional evolución económica. Entramos definitivamente en la historia, con el genio del Libertador, por el Orinoco y el llano, y, para conquistar a nuestra República la fuerza y la riqueza de los grandes pueblos, el llano y el Orinoco nos esperan todavía. De una parte poseemos en el Orinoco, nuestro gran río, el instrumento insustituible de un cabal desarrollo agrícola, pecuario, minero, económico en suma, a la vez que el arma pacífica, si no el arsenal más fuerte, para mantener sin menoscabo ante América y el mundo nuestra personalidad histórica. De otra parte, el llano abarca la casi totalidad de nuestro territorio y prevalece en nuestra geografía, como el llanero, factor también insustituible de independencia, ha prevalecido y prevalece aún de tal suerte en nuestra historia, que, de cuando en cuando, a través de nuestras instituciones y leyes, resquebrajadas por lo débiles y postizas, rompe centelleante el haz agresivo y heroico de las lanzas de Apure. Así, el centro de nuestra vida económica, nuestra metrópoli económica, si no la capital política nuestra, debiera haber surgido en uno de los puntos de conjunción del Orinoco y el llano, tal como las metrópolis de dos pueblos hermanos del Sur, Montevideo y Buenos Aires, que, erguidas a la margen de su Plata portentoso, constituyen los mismos umbrales de la próvida pampa materna.

Al error económico aparece correspondiendo, como en correlación estrecha y necesaria, un error político. Así como hemos nacido y vivido fuera de nuestro centro económico, aspiramos

también a vivir una vida política excentrica. Por espíritu de lucha, como si el hecho de la emancipación por sí solo bastara a desatar todo lazo con España, o por espíritu de loable imitación, los ideólogos ingenuos de nuestra primera República, de la patria boba, aconsejaban adoptar e implantar entre nosotros, como si se tratara de una flora de fácil trasplante, las instituciones políticas de los Estados Unidos, producto de la rigidez puritana, o las instituciones políticas francesas de la Revolución, ya para entonces traicionada en su ideal por quien fué su más resplandeciente criatura. No así Bolívar, quien desde el primer instante penetra con su aguda visión de águila en lo más recóndito y sensible del corazón de nuestro problema, abarcando de una ojeada las dificultades y los peligros de una mera adaptación de instituciones y leyes más o menos perfectas pero de extraño origen, preconizadas por teorizantes candorosos, a un medio étnico heteróclito como el nuestro sumergido aún en la barbarie. Imprecisa todavía en su primer documento público, el manifiesto a los pueblos de la Nueva Granada del año doce y a través de sus trasportes y raptos proféticos del año quince, aquella visión suya deja de ser pasajera vislumbre y se trasmuta y fija en diamante, con los lineamientos y el carácter de un verdadero tratado de sociólogo y como la primera expresión incontestable de su genio político, en el discurso de Angostura del año diecinueve.

Con razón recomendaba ahí Bolívar a los representantes de Venezuela y Nueva Granada ante el Congreso de Angostura, como necesario y provechoso, el estudio de las instituciones democráticas inglesas. Y a este punto, creo bueno recordar, contra las propagandas tendenciosas que en estos días de guerra viajan impunes de país en país, tergiversando los juicios y emponzoñando conciencias, cómo la democracia no es patrimonio exclusivo de este o aquel pueblo, de esta o aquella nación, sino patrimonio común de todos los pueblos y razas. Como la ciencia, como el arte, la democracia es universal conquista humana, porque en toda su pristina y magnífica sencillez y pureza, no es otra cosa que la sanción de un principio acatado y reconocido por todos los pueblos y gobiernos: el principio de la igualdad política y civil de los hombres. Cabe dentro de todas las formas de gobierno, es fuerza viva en todos los pueblos civilizados del orbe, y no se halla excluida sino de algunas ínfimas y oscuras pobladas bárbaras. Domina imperios, reinos y repúblicas. Y si hubo cesarismos democráticos, tal como lo fué el romano, tal como lo fué el español, también hay grandes repúblicas aristocráticas y autoritarias donde la democracia respira y se mueve más angustiosamente que en algunas ilus-

QUERELLAS ROMANTICAS

I

LA MANSIÓN FAMILIAR

Hoy he vuelto a la vieja posesión olvidada,
después de tantos años de ausencia y abandono,
y el albergue de aquellos señores de otro tono
ya no guarda una huella de su vida pasada.

Yo no la reconozco, tras los árboles fuertes
que plantó un jardinero cuando el dueño vivía;
que eran leves y frágiles como la infancia mía
no tocada a esas horas del dolor de otras muertes...

Pero el tiempo inclemente la pared agrietó
y el paisaje se ha vuelto ora tosco y antiguo;
el contorno ha cobrado no sé que aspecto ambiguo
de algo que no se sabe si el propio Dios creó;

y en las ramas frondosas ya no están los violines;
la arboleda ha vestido de rugosa corteza;
la casa agreste yace sepulta en la maleza
que ha borrado la senda de los viejos jardines

por donde en otro tiempo pasé en compañía,
bajo el amor de un cielo azul y tutelar:
yo, entonces, no sabía aún lo que era amar
y no había enfermado de esta melancolía!...

⁂

Hoy que, he hallado de pronto todo el ámbito esbelto
y la casa arruinada que el invierno deslustra,—
sin poder remediarlo,—vuestro encanto se fustra
y yo hubiera querido esta vez no haber vuelto,

árboles victoriosos, vieja casa querida,
porque junto al sendero y en la planta sin nombre,
recordando el pasado, aquel niño, hecho hombre,
ha llorado su infancia con la dicha perdida!

II

ODA LIGERA

Si yo he mirado
alguna vez
fueron tus ojos de Anadiomena;
si yo he mirado
algunos ojos,
fueron los tuyos;
porque ellos solos valen la pena!

Si he contemplado
figura humana,
fué la divina forma del talle
tuyo, ¡inhumana
flor prodigiosa!
por la elegancia de su detalle.

Si yo he soñado,
para mi cumbre,
con la corona de tus cabellos,—
es porque ha tiempo
busco la lumbre,
toda la lumbre que he visto en ellos!

III

CONTRAPOSICIÓN

Yo envidiaba a los niños—cuando era pequeño—
que no tienen hogar y que están en la calle:
precisaba la holgura desenvuelta del valle,
aun violando la férrea prohibición de mi dueño.

Yo necesitaba del sol, el campo abierto,
la amistad de los hombres y el espacio tendido;
mi corazón saltaba en un inmenso latido
de total desvinculación, mal encubierto...

Y hoy que seres y cosas los encuentro cambiados,
como en una inversión radical de los polos,
la libertad que alcanzan los altivos y solos
es precaria y nos cuesta demasiados cuidados!

JOSÉ PEDRO SEGUNDO

(*Selecta*. Montevideo).

tres monarquías. Inglaterra, dentro de los términos de su imperio, bajo una monarquía, ha realizado un tipo superior de democracia.

En su célebre discurso, el Libertador acierta con lo endeble y peligroso que el concepto democrático mal entendido ofrece a la mayoría inculta, cuando dice: «que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad, está sancionado por la pluralidad de los sabios; como también lo está que no todos nacen igualmente aptos a la obtención de todos los rangos; pues todos deben practicar la virtud, y no todos la practican; todos deben ser valerosos, y no todos lo son; todos deben poseer talento, y no todos lo poseen. De aquí viene la distinción efectiva que se observa entre los individuos de la sociedad más liberalmente establecida. Si el principio de la igualdad política es generalmente reconocido, no lo es menos el de la desigualdad física y moral. La naturaleza hace a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia, porque colocan al individuo en la sociedad, para que la educación, la industria, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia política y social.» De este modo enuncia el distingo esencial entre la igualdad de medios que la sociedad suministra a todos y la posibilidad funcional o final, extendida o limitada a la capacidad, a la aptitud, o al mérito de cada uno, tan magistralmente expuesto por José Enrique Rodó en su comentario maravilloso del símbolo shakespeariano.

Después de aconsejar el estudio de las instituciones inglesas, el libertador añade que «está muy lejos de proponer su imitación servil.» «Que no se pierdan—dice en otro pasaje—las lecciones de la experiencia y que las escuelas de Grecia, Roma, Francia, Inglaterra y América, nos instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas, y sobre todo útiles; no olvidando jamás que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye.» Por último, en otra parte advierte: «que nuestro pueblo no es el europeo ni el americano del Norte: que más bien es un compuesto de Africa y América que una emancipación de la Europa; porque hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter.

Si el Libertador exageraba, por transigir con las violencias del medio, el toque de sombra del claroscuro, ya que España había cesado de ser una prolongación del Africa, de pertenecer al continente africano, para convertirse en europea desde su romanización, esto es, desde que trocó en propia sustancia, con las instituciones municipales y todo un orden administrativo perfecto, el espíritu de Roma, no se alejaba ni un ápice de la verdad al calificar de africana la sangre de los pueblos de la Península. Dice Oliveira Martins, el gran portugués y el primer crítico histórico de toda España, confirmando en esto las palabras del Libertador, como las investigaciones modernas y los progresos de la etnología vienen corroborando y fortaleciendo con fuerza de verosimilidad la hipótesis adelantada por los alemanes Leibnitz y Niebuhr del primitivo origen africano del ibero, de acuerdo con la cual, y mucho antes de la entrada a España de numerosos ejércitos beréberes en la época de la invasión árabe, mucho antes de la visita esporádica de ejemplares humanos del continente negro pasados a España con los fenicios, con los cartagineses, y en los ejércitos de Roma, antes o después de la invasión celta, la Península habría sido poblada en toda su extensión, con la Francia del Sur, las grandes islas del Mediterráneo e Italia, por una raza que, surgida del inagotable misterio del Asia, dejó a su paso por el Africa del Norte, entre otros pueblos parientes, hermanos o primos hermanos del ibero, al tuareg, al copta de Egipto y al berebere del Atlas. Contra algunas palabras del mismo Libertador en otro pasaje de su maravilloso discurso, que obedecen al genio hostil de aquel momento histórico, se sabe muy bien a qué raza, o subraza, o familia humana pertenecemos, de suerte que sólo a la ignorancia o mala fe es propicia esta fiesta de la raza para entregarse al torpe juego de fáciles caricaturas.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

(Concluirá en el número próximo).

La idea de la muerte

Con rara persistencia, el rumor público señalaba a mi amigo Sebastián Cordial, como autor de la muerte de su esposa.

Aquello era tanto más absurdo para mí, cuanto que yo me hospedaba en casa de Sebastián, con Ramírez, mi compañero de cuarto; habiendo aceptado las insinuaciones del dueño de casa en tal sentido, para aliviar discretamente su precaria situación. Por lo demás, las pensiones eran módicas.

Lo cierto es que si el matrimonio Cordial no resultaba un idilio, estaba a mucha mayor distancia de la ruptura. Creo que algo se había enfriado en verdad, desde que vino a menos con motivo de haber quebrado el esposo.

Esto era todo; pero vaya usted a desvanecer un rumor público.

La mujer de Sebastián había fallecido de aneurisma.

Tanta pena produjo esto en el pobre hombre, que desde aquella fúnebre data, cayó enfermo; Ramírez y yo teníamos que atenderle, pues la sirvienta se había marchado.

Un hecho nimio en apariencia, vino a infundirme, a los pocos días, la sospecha que daba pábulo al rumor público.

Los esposos, tenían un perro, bastante perezoso, bastante feo, pero mimado por la mujer que, careciendo de hijos, acabó por encariñarse con él. Este perro dormía en la alcoba conyugal. Olvidaba decir que era un can negro de los comunes, más bien pequeño. Ramírez y yo le profesábamos también algún afecto.

Desde que la esposa murió, el perro no había vuelto a penetrar en la alcoba. Permanecía el día entero hecho un ovillo en el fondo de la casa. Si nos acercábamos a él, tanto Sebastián como nosotros, nos hacía los agasajos de costumbre. A veces se levantaba como distraído, marchaba detrás de su amo. Pero invariablemente, unos cuantos metros antes de llegar a la alcoba, se volvía.

Sebastián acabó por caer en cama. Se puso grave. Ramírez y yo turnábamos para atenderle.

Una tarde de esas, miraba distraído al patio por la puerta semientornada, mientras Sebastián leía no sé qué. Ví de pronto que el perro avanzaba con su cabizbajo trotecillo habitual, hasta el sitio donde solía detenerse. Hízolo, en efecto, alzó la cabeza para mirarme y lo llamé. Volvióse sin hacerme caso. Entonces creí advertir una inquietud en el rostro del enfermo. En ese momento llegaba Ramírez.

Sebastián se puso muy malo. Una noche vino el médico y dió un triste pronóstico. Acudieron unos vagos parientes, sujetos hereditarios que nada podían esperar de aquel pobre. Se fueron a las diez. Ramírez y yo quedamos velando.

El enfermo dormía apacible. Entonces, de la casa solitaria, de aquella desolación vulgar, del silencio negro cuya evidencia exterior mortifica tanto cuando uno acompaña enfermos por la noche, nos vino de pronto la evidencia del enfermo.

—Creo que...—dijo Ramírez muy quedo, esbozando con un medio giro

de su mano un ademán hacia la nada.

—¡Y... bueno! —respondí yo con una indiferencia más fatal que la tristeza.

Oyóse durante varios minutos la débil respiración de Sebastián. Había un olor de láudano.

Ramírez comenzó al cabo de ese tiempo:

—¿Has observado...

—... el perro?—concluí yo sin saber por qué. Y nos pusimos horriblemente pálidos.

Callamos de nuevo, para oir la respiración de Sebastián.

—No había querido decírtelo—volvió a murmurar Ramírez.

—¡Calumnias!—repuse yo.

Pero ambos nos examinábamos de rabo de ojo, sorprendidos ante la simultaneidad complementaria de la segunda frase.

Y poco a poco fué helándonos la convicción. El cuarto se dilataba como algo pretérito y ausente. A las once y tres cuartos, con un síncope inesperado, nuestra sangre se paralizó. Nuestros ojos cruzaron una mirada de horrorosa hurañía.

Sebastián continuaba inmóvil, pero ya no se le oía su respiración.

Entonces el perro entró por la puerta de costumbre, naturalmente. Atravesó la pieza, cabizbajo, como de costumbre...

LEOPOLDO LUGONES

(El Fígaro. Habana).

Inglaterra y la religión de mañana

REFIERE Emerson que cuado Paul Leroux ofreció su artículo «Dios» al Director de un diario francés, éste replicó: «La cuestión de Dios carece de actualidad.»

Frase que tiene cierta analogía con la que se atribuye a La Place, cuando Napoleón se mostró sorprendido de que en su Mecánica del Universo no hiciese intervenir a Dios:

—Sire, no he necesitado de esta hipótesis...

En Francia y en Inglaterra antes del actual conflicto, casi nadie necesitaba *de esta hipótesis*, y la cuestión de Dios *no era de actualidad*.

En Francia la ciencia continuaba siendo materialista y aunque Monsieur de Bergson congregaba en su cátedra las más deliciosas *snobs* de París, que no lo entendían del todo, pero que lo mimaban y admiraban, aquello no pasaba de la epidermis.

El Bergsonismo estaba de moda, mas los sabios y buena parte de la burguesía, los políticos, los intelectuales en general, continuaban siendo ateos.

Dijo un humorista que *Londres tenía cien religiones y una salsa, y París cien salsas y ninguna religión*.

Las cien religiones de Londres iban siendo puramente rituales, amigas de la letra.

En cuanto a las cien salsas de París, yo, modesto catador de muchas (¿mencionaremos entre ellas la del amor?), confieso que eran excelentes.

¡Hélas! ¿cuándo volveremos a gustarlas?

•

En realidad, Inglaterra estaba llena de virtudes sociales; pero no tenía religión ninguna en mi concepto, si hemos de dar a esta palabra su augusto sentido.

La *gentlemanship* era casi una ética, es cierto una admirable ética; pero sin nada que trascendiese de tejas para arriba.

Estoy por decir que Inglaterra, a pesar de esas sus grandes, sus sólidas virtudes privadas, era *humista*, es decir, seguía siendo discípula de su escéptico filósofo David Hume, el celebérrimo escocés que tanta influencia ejerció en su tiempo y en su medio.

David Hume sabemos que no creía en nada.

Casi era más absoluto en esto que Pirrón.

—¿La materia?

—No existe: ¡Qué va a existir! Si nada conocemos de ella... ¿Cómo es? ¡Quién sabe! ¿Qué podemos entonces decir de una cosa de la cual nada sabemos?

—Está bien; pero si no existe la materia; existiremos por lo menos nosotros.

—Nosotros... ¿y qué somos nosotros? Nosotros o lo que llamamos «nosotros» no es más que una sucesión de ideas, de representaciones, un desfile de imágenes.

—Bueno, pero hay alguien que se da cuenta de este desfile...

—¿Y por qué le llamamos alguien? ¿Y cómo comprobamos que *eso* sea alguien?...

Como estamos viendo, en la vida, como en una pieza de teatro, podríamos llamarnos a lo sumo *espectadores*; pero ignoramos cómo y de qué está hecho un espectador.

•

Inglaterra, delicioso país del humorismo, ha tenido unos admirables filósofos humoristas y flemáticos, o flemático-humoristas, si a ustedes les place.

Sí, hasta se ha atribuído a un inglés moderno aquella famosísima frase que es de Pirrón: «La vida y la muerte me son indiferentes.»

—«Pues entonces ¿por qué vives?»

—«Precisamente por eso: porque me es igual vivir o morir.»

Llenos están los libros anecdóticos de frases inglesas que comprueban esta elegante indiferencia por todo.

Elegante he dicho: añadiré aristocrática, lo cual no es precisamente lo mismo.

Cuando «los primeros cien mil» murieron en Francia, con un aristocratismo desdeñoso y fino, los franceses mismos se quedaron asombrados, y eso que no hay francés que no sepa morir...

Se hizo proverbial lo de que la Gran Bretaña iba a la guerra como a un deporte.

París veía pasar con una sonrisa de

simpatía a aquellos camaradas finos, limpios, con uniformes de un corte irreprochable, perfectamente afeitados, que peleaban heroicamente, sin dar importancia a la vida y que sucumbían sin frases.

*

Pero la guerra ha sacudido de tal manera las almas que las está transformando por completo.

París sigue poniendo su sonrisa sobre las cosas, pero la pone como los caballeros del siglo XVII ponían el encaje sobre la armadura: la armadura es la fe, es el ideal que renacen.

Inglaterra conserva aún su humorismo aristocrático, pero bajo de él asoma ya la noble inquietud espiritual: una inquietud cada día más poderosa.

Se diría que la Gran Bretaña anda buscando un Dios.

Wells pretende haberlo encontrado y nos lo describe en uno de sus últimos libros. Es un Dios muy personal... y bastante humano.

En todas las revistas serias esta inquietud espiritual apunta en forma aguda, y a veces conmovedora.

Debemos creer, pues, que Inglaterra será cuando la guerra termine: lo es ya, profundamente religiosa.

Su religión ha de ser, por otra parte, como conviene a un país tan culto, eminentemente filosófica y ha de influir en Francia, como ha influido siempre con su filosofía.

Hubo un ingenio admirable en el siglo XVII, que influyó de modo poderosísimo en las ideas filosófico-religiosas y sociales de Francia: Locke, el verdadero inventor de los derechos del hombre, a quien Voltaire nunca apeó el calificativo de sabio: «el sabio Locke.»

«Locke, dice Faguet, ejerció una prodigiosa y hasta imperiosa influencia sobre los filósofos del siglo XVIII».

Su política liberal ha enseñado al mundo. Su política religiosa (en la que figura la separación de la Iglesia y del Estado, que México realizó medio siglo antes que Francia) ayudó a la emancipación serena (o convulsiva, según...) de los pueblos: la determinó, mejor dicho.

¿Quién será el Locke de después de la guerra?

No se dan los Lockes en racimo, ya lo sé; pero el país que ha producido un Francisco Bacon, un Tomás Hobbes, un Locke, un Berkeley, un David Hume, un Newton, un Darwin, un Crookes, un Ramsay (y no sigo citando por no llenar la cuartilla) bien puede darnos un gran filósofo religioso, una gran filosofía religiosa, o, si queréis mejor, una religión filosófica, de acuerdo con la ciencia, de acuerdo con

COSTA RICA PINTORESCA

La vida del camino

la razón, de acuerdo con el alma moderna.

Que esta religión filosófica será en su esencia cristiana ¿quién lo duda?

«El Cristianismo—dice Salvador Reinach—es el ímpetu espiritual más poderoso que ha transformado las almas y que continúa evolucionando en ellas.»

E Inglaterra, por su libre examen y el espíritu amplísimo de su tendencia evangélica, está más cerca que otras naciones de esta esencia cristiana.

Aguardemos, pues, la nueva religión, con curiosidad, con interés, no sin advertir que sus palpitaciones se sienten ya a flor de alma en toda la Gran Bretaña, y que se advierte en las ideas esa como fosforescencia trémula que precede a la combustión y a la radiante llamarada de los ideales nuevos.

AMADO NERVO

(*América Latina*. Londres).

José María Chacón y Calvo

No es, por desgracia, tan frecuente como debiera serlo, en el seno de lo que se ha convenido en llamar «la intelectualidad hispano-americana», el *talento estudioso*. Esto es: entre nosotros no fructifican fácilmente los espíritus amantes del estudio, que hacen del cultivo de la inteligencia un culto, que se entregan a la lectura con devoción ejemplar y fecunda, y que se dan cuenta, en suma, de que raro es el género literario que, para la producción de obras permanentes y macizas, no requiera el acervo de una cultura verdaderamente superior.

Sufrimos el vértigo de la improvisación. Dijérase que el espectáculo de estas mal entendidas, falsas democracias, ha tenido una influencia dolorosa y funesta en todas las manifestaciones de nuestra actividad individual y colectiva. La facilidad con que cualquier títere escala los escaños del Congreso, ha hecho creer, acaso, a muchos, que con igual facilidad se puede adquirir el prestigio intelectual y que la gloria literaria es, como resulta ser la prestancia política, patrimonio de todos los audaces.

Los que así piensan se dejan seducir por la música arrulladora del elogio amistoso e interesado, y confunden, con el vulgar reclamo de un periódico, el valer y la significación de la obra propia. No de otra suerte procede el industrial que llega a creer de buena fe en la excelencia de sus productos porque así lo proclaman los anuncios que él mismo ha hecho fijar, por medio de carteles, en las esquinas por donde acostumbra pasar.

La importancia literaria de una obra no se mide, sin embargo, por la cantidad de elogios que merece en su tiempo. Conveniencias de todo orden determinan casi siempre esa guirnalda de elogios y ese fácil renombre. La importancia de una obra se mide mejor cuando ya el tumulto falaz de elogios o diatribas interesadas, hijos del momento, ha pasado. Y es seguro que, con pocas excepciones, con excepciones sencillamente geniales, sólo han de conservar inmaculado su brillo a los ojos de la posteridad aquellas obras que sean fruto de un talento sólido que se ha desarrollado ampliamente gracias a una cultura superior. Todo lo demás, será considerado, en su día, como labor incompleta, desigual, vacilante, obra de *aficionados* no de *maestros*. Lástima grande es ver cómo en toda América florecen talentos brillantes que producen tan sólo obras mediocres o desmedradas por falta de una cultura amplia y fuerte. En América abundan, por ello, más que verdaderos literatos, simples aficionados a las letras. No se han percatado que para ser un verdadero literato se necesita una preparación especial; una dedicación constante a los estudios de esa índole.

Ya está a la venta el **Hermanito Menor**, *cuadros de la vida pirenaica española, de don José María Chacón y Calvo. Edición del* CONVIVIO, *lujosa, con cuatro dibujos de R. Estalella, a* **75** *cts. (***25** *cts. oro am.) el ejemplar.*

No es este, afortunadamente, el caso del joven escritor de quien me encarga hoy EL FÍGARO que haga mención honrosa al par que justiciera. José María Chacón y Calvo es una excepción entre tantos escritores improvisados como surgen a diario creyéndose con derecho a la inmortalidad porque han logrado decir, sin darse cuenta, algunas tonterías que ya otros autores de todos los tiempos han dicho, aunque de mejor manera. José María Chacón y Calvo representa un caso que, según ya he dicho al comenzar, debiera ser más frecuente en América: es *un talento estudioso*.

Así, aun cuando él es muy joven, ya está capacitado para producir trabajos dignos de loa, porque son el fruto de quien se consagra seriamente a la investigación y al estudio. Uno de ellos, el dedicado a *Los orígenes de la poesía en Cuba*, publicado en la revista «Cuba Contemporánea», corre ya inserto en un volúmen de 84 páginas, y es prueba, no sólo de aptitudes nada comunes para la crítica literaria, sino también de una preparación envidiable, cimentada en conocimientos no escasos de la literatura clásica.

El mérito principal de Chacón estriba en la contribución valiosísima que ha prestado al estudio del desenvolvimiento histórico de las letras cubanas: muchos son los datos que él ha sido el primero en recoger—conviene que esto se sepa bien y se tenga en cuenta—y muchas son las observaciones que ha sido el primero en formular. No es su trabajo tan sólo una recopilación metódica de lo que otros escritores han dicho—que eso, de por sí tiene algún mérito;—sino que es el producto de la investigación personal sobre puntos interesantes que nadie había examinado, como lo hecho por Chacón, acudiendo a las fuentes originales y prescindiendo, siempre que ha podido, de la cita de segunda mano.

Donde se aquilata mejor ese trabajo de investigación realizado por Chacón, después de sacudir mucho polvo y de remover alguna polilla en los más antiguos periódicos y folletos cubanos que se encuentran en las bibliotecas públicas, es en los apéndices, donde examina con detenimiento el contenido del famoso «Papel Periódico de la Habana», rectifica una fecha consignada erróneamente por el distinguido bibliógrafo José Toribio Medina y repetida como exacta por Menéndez Pelayo, y recoge las versiones

cubanas de distintos romances populares y tradicionales de España, completando así la labor emprendida, con tanto acierto, por don Ramón Menéndez Pidal. Este interesante tema de los romances tradicionales habrá de servir a Chacón, según tengo entendido, para nuevos e interesantes trabajos.

Este joven escritor apenas frisa en los veinte años, y ya, no sólo ostenta el título de Doctor en Derecho Civil y se prepara a obtener, en breve, el de Filosofía y Letras, sino que sorprende por la solidez de su cultura. Sus lecturas, enriquecidas día tras día por su consagración incesante, han sido realizadas con método, y, lo que es mejor, con provecho. Chacón ha echado ya las bases, los cimientos de su labor mental, y éstos son sólidos y estables. Conoce a fondo la literatura española; ha estudiado sus orígenes con acuciosidad pasmosa; ha dedicado sus mejores años de juventud a la lectura de los escritores y poetas de los siglos de oro. Al mismo tiempo, conoce las obras maestras de otras literaturas; y continúa, gradual y pacientemente, ampliando su cultura y dando cada nuevo paso sobre terreno firme.

Es por eso por lo que tenemos derecho a esperar ópimos frutos de su talento y de su amor al estudio. La lectura hecha con método y provecho vale siempre más que la cultura adquirida desordenadamente y sin concierto, aunque ésta pueda parecer, con su brillo de oropel, más brillante y nutrida. El buen escritor necesita, ante todo, una buena preparación clásica, y eso ya lo tiene Chacón. Emprende la ruta con un bagaje que no tiene el esplendor fugaz del oropel, pero sí el brillo mate y la recia consistencia del oro viejo.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA

(*El Fígaro*. Habana, marzo de 1914).

El Despotismo y la Guerra Civil en América

La guerra civil en América ha sido siempre o casi siempre la consecuencia de una situación de fuerza creada por el despotismo como sistema de Gobierno. La guerra civil ha tenido siempre por objeto de este modo la destrucción del despotismo del poder personal de un hombre constituido por el azar y por las circunstancias en amo y árbitro supremo e irresponsable de los hombres, sus derechos, sus intereses, sus hogares, su honra, sus vidas; y su substitución por un Gobierno regular y civilizador.

Todos los países de América han pasado por el trágico y obscuro período del despotismo y la guerra civil después de la conquista de la independencia y la soberanía; pero algunos de ellos se encuentran todavía en ese período, y forman lo que pudiera llamarse las zonas del despotismo en América, cuyas manchas más negras son Guatemala y Venezuela; mientras en otros el siniestro ciclo de barbarie ha sido cerrado por la invasión extranjera como en Santo Domingo y Nicaragua.

México presenta un caso raro y excepcional. El fenómeno de la guerra civil como engendro natural y fatal del despotismo tardó allí en producir treinta años, y una paz engañosa y deslumbrante hizo por mucho tiempo la justificación de la fuerza, de la arbitrariedad y el atentado como ciencia de Gobierno, en la consagración de un éxito traidor. Pero al revés de lo que ha sido la tradición en todas partes, la rebelión derribó al Gobierno popular y constitucional que a su vez había puesto fin a la dictadura, y desde entonces no hay paz en México. Al cabo de cinco años de guerra por la reivindicación del derecho popular logró establecerse allí un Gobierno legal, pero no por eso hay paz en México, y la principal tarea del Gobierno establecido es la reducción o la subyugación de las fuerzas disolventes y anárquicas que allí luchan contra la sociedad organizada. El carácter de la guerra civil en México es pues distinto y único. El remedio para este mal es el fortalecimiento del Gobierno existente y la cooperación con él de todas las fuerzas del bien en la nación para la persecución y destrucción de los bárbaros. México es el país más necesitado de paz y libertad, y de un Gobierno inteligente y progresista, un Gobierno moderno porque es de estos factores que depende en México, más que en ningún otro país de América, la seguridad de la existencia nacional. México es un país cuyo destino está dominado en primer término por la situación geográfica. Los que en México hacen hoy la guerra civil por espíritu de reacción y pasiones de odio y de venganza y ambiciones personales de poder y de fortuna, son enemigos de la nación, enemigos no solo de su reposo y de sus libertades, sino de su existencia, y deben en realidad ser considerados como traidores a la patria. Los hombres del pasado no tienen nada que ofrecer a México ni por la guerra ni por la paz. Ellos envejecieron en el poder y sólo probaron su esterilidad. Ellos son los hombres de los antiguos métodos y de la antigua fe, los métodos de la fuerza y la fe en la dictadura, en el caudillo a caballo y en el ídolo. Pertenecen a una época muerta. Empeñarse en vivir por la guerra civil, es una locura y un crimen. Los acontecimientos han abierto en México una época. Es necesario reconocerlo y seguir la nueva y superior orientación que es la paz fundada en la libertad, el derecho y la justicia, la fundación por fin del Gobierno legítimo por medio de elecciones legales y honradas.

La historia de América demuestra que la guerra civil lejos de ser un remedio contra el despotismo lo conserva y perpetúa. De cada guerra civil ha salido un nuevo déspota, derribado a su turno por otra guerra civil, a su turno creadora de otro déspota, y así, eternamente. Fatigados los pueblos de girar en este círculo de hierro y fuego, desangrados y exhaustos en sus venas y en sus tesoros, muertas su fe y su esperanza, se abandonan a la paz del despotismo y se duermen como muertos bajo el yugo. Esto es lo que sucede notablemente en Guatemala y en Venezuela, dos países de iniquidad y de sombra, en que la crueldad y la inhumanidad del despotismo son increíbles. La paz del despotismo no importa cuan larga, concluye siempre en la catástrofe de la guerra civil, y mientras ha imperado ha sido tan subversiva y funesta como la guerra misma Su mayor daño son los vicios morales que genera, la corrupción y la prostitución de los corazones, los cerebros y las inteligencias, los falsos valores que pone en circulación, los cultos que erige, el aire que elabora.

¿Cómo borrar el estigma de esos despotismos de la frente de América? ¿Cómo suprimir esas situaciones de maldad, de crímenes y de ignominia? ¿Cómo redimir a esos pueblos? ¿Cómo unificar a la América en la libertad, en la justicia, en la capacidad para el gobierno propio?

Este es un problema que interesa a toda la América, porque la experiencia prueba que la sumisión al extranjero, o la franca y violenta ocupación por el extranjero, es el acto final en que se resuelve el siniestro proceso del despotismo y la guerra civil. Panamá, Nicaragua, Santo Domingo, son los hechos de esta experiencia.

Los hombres que en los países despotizados aman la libertad y tienen el sentimiento de la patria y de la nacionalidad, no deben buscar jamás en la guerra civil el elemento de redención. La caida del déspota no implica la desaparición o la extinción del despotismo. Esta es la enseñanza de todos los tiempos y no es posible continuar ignorándola. La acción de los hombres

de juicio y de patriotismo, los hombres generosos que no aspiran al poder para explotarlo y no quieren sino que su patria se salve y se incorpore a la civilización, debe guiarse por una concepción nueva y práctica de las cosas. El campo de la acción está en el extranjero. El problema de la paz y del Gobierno Constitucional en los países que aún permanecen bajo el régimen personal y autocrático, es de interés internacional y continental. Al continente todo importa, primero la estabilidad de esos países, y luego el desarrollo de su producción y de su riqueza, el crecimiento de su población, su progreso general, en fin, hoy contrariado y paralizado por la opresión, la explotación y la incapacidad de Gobiernos de azote y de ruina. La acción internacional de todos los Gobiernos civilizados de América para la extirpación de los Gobiernos bárbaros que aún existen, y la creación de condiciones que permitan la formación de Gobiernos legítimos, es el solo recurso en que puede pensarse para redimir a esos pueblos y conjurar el peligro que ellos constituyen. Este recurso está en armonía con el espíritu de los tiempos y se conforma con los medios ideados por los más grandes estadistas del día para la preservación de la libertad y de la paz internacional.

La forma de aplicación de este método sería en realidad una cuestión secundaria. Lo esencial es reconocer que la acción conjunta internacional americana en estos casos, es posible; que está indicada, que es necesaria, que se impone lógica, natural, urgentemente, y que sería decisiva.

Los pensadores, los escritores, los estadistas de todos los países de América, tienen una misión de libertad y de civilización que cumplir en esta obra de interés común. Tal vez no hay nada más importante que esta misión para los hombres capaces de ejercer alguna influencia en los destinos de esta parte del mundo. Tal vez no hay nada más digno de la inteligencia y la posición de esos hombres que contribuir a la consumación de esta obra de libertad y de civilización en América.

Para nosotros el problema más grave y perentorio en América es el del despotismo.

JACINTO LÓPEZ

(El Magazine de la Raza. Nueva York, mayo de 1919).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

CORRESPONDENCIA

De nuestro amigo don Roberto Brenes Mesén, New York, 17 de setiembre de 1919:

De lo demás de la prensa que he leído me queda la penosa impresión de que no hay proyectos de verdadero progreso y parece concretarse la aspiración de los más en una simple «restauración». ¿Qué van a restaurar? ¿La falsa representación democrática? ¿Por qué no abolir esa representación que tiene por base la geografía en vez de una representación de los intereses verdaderamente humanos? Una simple restauración es una sustitución de aspirantes a granjerías. Esta transición debería aprovecharse para reformas trascendentales que no serían muy discutidas por el estado en que se encuentran los ánimos. Pero más adelante, si las horas me son propicias, hablaremos de esto más detenidamente.

Si hoy hubiera tenido unas cuantas horas para mí, hubiera escrito un ensayo acerca de *Gabriel D'Annunzio, condottieri.* Es un atávico impulso en este poeta hacia la conducción de hombres, hacia la conquista arrogante, hacia el imperialismo orgulloso de la raza romana, afanosa de dilatar su poderío allí donde pudo hablarse su lengua. Antes de ayer ha entrado en Fiume como entraba Garibaldi en las ciudades italianas unos sesenta años hace. He dado en pensar que si en Italia se levanta una revolución, posible es que D'Annunzio sea uno de los jefes ejecutivos de ella. Y ya ve usted que todo esto es tentador para el ensayo.

De don Juan Kumpel, Sarchí, 27 de setiembre de 1919.

De algunas cosas de ese pasquín (1) voy a tener que ocuparme, y será lo que diré de interés hispano-americano. Tal vez le gustará para su Repertorio la cosa.

(1) El folleto WHICH?

Yo he ejercido toda mi influencia en 1915 y 16, en el sentido de salvar para las futuras generaciones de estos pueblos las tierras y tesoros naturales que aún queden; Valentine pretende que el gobierno americano debe apoyar al empresario yanki en su afán de agarrar estas reservas, y aun inhibir la competencia de Europa, la que siquiera aumentaría las ventajas para el país. ¿No le parece importante esto?

Con los Autores y Editores

(Las obras señaladas en esta sección pueden pedirse o encargarse a la Administración del REPERTORIO, *en donde habrá un esmerado servicio de Librería americana, española, francesa, italiana e inglesa).*

De Alfonso Reyes, Madrid:

¿Ha leído Ud. Marius Andre, *Guide Psychologique du Francais a l'etranger* (París, Nouvelle Librairie Nationale?) No deje de verlo.

De Ramón Vinyes, Barranquilla:

Le mandaré recortes de la prensa castellana. No olvide a los autores de Honduras y Guatemala. ¿Tienen algo bueno? No olvide la América en general. Es más fácil conocer los de España que los nuestros.

Estoy contento. En el correo pasado un amigo peruano me mandó dos obras buenas, *El Caballero Carmelo*, de Abraham Valdelomar, y *Raza de bronce*, de Alcides Arguedas. ¡Cuántas obras notables habrá que yo no conozco! Recibí de Armando Donoso *La Sombra de Goethe.* No me entusiasmó.

Pereyra le mandará *Voces*. Ya han salido varios números de la nueva serie. Trabajo en lo de Ors: Mándeme cosas. M. Vicenzi y Napoleón Pacheco mandaron ambos *El último madrigal*, de Francisco Soler. Volveré a leerlo. No me pareció nada a la primera lectura. Y lo siento por los que me lo mandaron.

LA EDITORIAL CALPE

Ha comenzado sus labores editariales esta poderosa Casa de Madrid-Barcelona. En los últimos registros bibliográficos de la prensa española, nos hallamos citados los 20 primeros tomos de la *Colección Universal;* selectísima, muy recomendable, a 0,30 pesetas cada volumen.

Júzguese de su valor por los títulos y por la calidad de los arregladores y traductores:

Poema del Cid.—La prosificación moderna del poema ha sido hecha por Alfonso Reyes. Números 1-4.

Fuente Ovejuna, por Lope de Vega. Edición revisada por Américo Castro. Números 5-6.

La paz perpetua, por Kant. Traducción del alemán, por don Francisco Rivera Pastor. Número 7.

El Vicario de Wakefield. Novela. Traducción del inglés por don Felipe Villaverde. Números 8-10.

Memorias, por La Rochefocauld. Traducción del francés por Cipriano Rivas Cherif. Números 11-13.

Relaciones contemporáneas. Novelas breves, por J. Ortega Munilla. Números 14-15.

Doble error. Novela, por Próspero Merimée. Traducción del francés por don Angel Sánchez Rivero. Número 16.

Rojo y Negro. Novela, por Stendhal. Tomo I. Traducción por Enrique Mesa. Números 17-20.

OTROS LIBROS RECIENTES

Las bellezas del Talmud (Antología Hebraica, Prólogo, selección y traducción de R. Cansinos-Assens. Biblioteca de autores célebres. Editorial—América, Madrid. Precio: 3,50 pesetas.

De profundis. El alma del hombre Máximas, por Oscar Wilde. Traducción de A. A. Vesseur. Biblioteca de Autores Célebres.—Editorial-América. Precio: 3,50 pesetas.

Tratado de las leyes y de Dios Legislador, por el padre Francisco Suárez, de la Compañía de Jesús, granadino, doctor eximio y catedrático de prima de Teología en la Universidad de Coimbra, vertido al castellano por don Jaime Torrubiano Ripoll, de la Facultad de Teología. Un tomo en 8.º (vol. I de los «Clásicos jurídicos»), Editorial Reus, Cañizares, 3 dupdo., Madrid, 1918. 5 y 5,50 pesetas en Madrid y provincias, respectivamente.

Juventud enferma, por Alfonso Castro. Ediciones de «El Espectador». Medellín, 1919.

Don Miguel de Unamuno, por John Alexander Mackay. Casa editora, Ernesto Villarán. Lima, 1910.

La Cisterna. Poesías, por Julio Raúl Men-

dilaharsu. Barreiro & Cía. Impresores, Montevideo. Precio: $ 0,90.

El Libro de las Mujeres. E. Gómez Carrillo. Obras completas, tomo I. «Mundo Latino», Madrid.

Azorín. Obras completas, tomo I. *El Alma Castellana.*

Los grandes cuentistas húngaros. Biblioteca Nueva. Madrid.

Prosas Bárbaras, por Eça de Queiroz. Traducción de Andrés González Blanco. Biblioteca Nueva. Madrid.

RECIBIDOS

De don Manuel Segundo Sánchez, el estimable Director de la Biblioteca Nacional de Caracas:

Manuel Díaz Rodríguez: *Motivos de Meditación.* Hoy comenzamos a reproducir esta notable conferencia.

Discurso de Bolívar en el Congreso de Angostura, en espléndida edición oficial; para conmemorar el primer centenario de la instalación de la Asamblea.

Deontología

FILANTROPÍA es el simple amor a la humanidad.

Altruismo, es la complacencia en el bien ajeno, aun a costa del bien propio.

Caridad es el amor a Dios y al prójimo, procurando hacer a éste todo el bien posible.

Esta virtud tiene varios grados, y se ejerce en diversas formas:

La *complacencia* consiste en prestarse voluntariamente a los deseos lícitos y en estar siempre dispuesto a servir a los demás.

La *beneficencia* es la disposición de hacer bien al prójimo, y se ejerce dándole dinero, alimentos o vestidos, procurándoles trabajo a quienes no lo tienen; dándoles buenos consejos a quienes los necesitan; consuelos a los tristes; dulces palabras a los fastidiados de la vida; infundiéndoles ánimo a los faltos de valor para soportarla, o que están temerosos del porvenir y del progreso.

La *generosidad* consiste en no tomar venganza del mal que se nos hace, el cual debemos, perdonar y olvidar, porque sin el olvido no hay perdón.

Se llama *abnegación* el bien que se hace con gran pena o con algún peligro.

La caridad nos obliga a reprimir las *pasiones* malévolas:

La *cólera* es un movimiento ciego y arrebatado que, privándonos de la razón, nos hace obrar como verdaderos brutos.

El *odio*, que es una cólera con reflexión y meditada, hace mayor daño a quien lo tiene.

La *venganza*, que es un odio con deseo de saciarlo.

Envidia, que es pesar del bien ajeno o goce por los males del prójimo.

El envidioso busca su dicha en la desgracia de los otros y él es el desdichado.

El *orgullo* es la fuente de todas las pasiones.

El orgullo se llama *intolerancia*, cuando no se pueden sufrir opiniones o palabras opuestas. Es un gran mal.

Las pasiones perversas, deprimen el alma, agrían el carácter, torturan el corazón; introducen el desorden en la familia y en la sociedad, y son el origen de abominables crímenes y de disturbios sociales.

Las obligaciones positivas de la caridad son:

Las obras corporales de misericordia: limosnas y visitas a enfermos y presos.

Obras de misericordia espirituales: oración, buenos consejos y buenos ejemplos.

La *limosna* es deber de caridad y obliga a todo el mundo en la medida de sus fuerzas; está fundada en la fraternidad y la solidaridad humanas, y es preciso no humillar al que la recibe: la manera de dar vale más que la misma limosna.

La caridad está al alcance del niño: el préstamo de un libro o de un juguete es *complacencia;* partir con él las provisiones es *beneficencia*, y el que soporta los malos procederes de los demás es *generoso*, y no es raro ver a un niño exponer su vida por salvar a otro; esto se llama abnegación y va hasta el heroísmo.

FAU

(Colombia, Medellín, agosto 27 de 1917)

UNA ERRATA

se nos fué en el artículo de Lugones publicado en la entrega anterior. En la página 52, renglón 65, en donde dice «*de* un derecho discrecional de conquista», léase «*en* un derecho, etc.»

Imprenta y Librería Alsina—San José, Costa Rica